

Reflexiones para una mesa de diálogo que apenas empieza: feminismos y estudios de género de los hombres en México*

Reflections for a roundtable discussion that is just beginning:
feminisms and gender studies of men in Mexico

Guillermo Núñez Noriega

Centro de investigación en Alimentación
y Desarrollo A.C. CIESAS-Occidente

Resumen

Se presentan reflexiones sobre los estudios de género de los hombres en México, su vínculo con el feminismo, así como los retos que enfrentan desde el ámbito académico y político. Se plantea la necesidad de reafirmar las reglas del campo académico (como lo propone Bourdieu) como una forma de enfrentar dichos retos y a la vez, contribuir a la consolidación del campo de los estudios de género como tal.

Palabras clave

Feminismo, estudios de género de los hombres, epistemología, México.

Abstract

A set of reflections are presented about gender studies of men in Mexico, their relation to feminist studies, as well as the academic and political challenges faced by such studies. We state the need to affirm the rules of the academic field (as proposed by Bourdieu) as a form of confronting such challenges while at the same contributing to the consolidation of the field of gender studies as such.

Key words

Feminism, epistemology, gender studies of men, Mexico.

Introducción

En este breve ensayo presento una serie de precisiones conceptuales y deslindes reflexivos con el fin de contribuir a un diálogo cada vez más necesario entre los feminismos y los estudios de género de los hombres. La necesidad surge tanto por el crecimiento de estos últimos, como por la inquietud que despierta en diversos sectores feministas su intervención creciente en la academia y su pretensión de participar en política pública.¹ Las inquietudes son diversas y refieren dudas sobre el carácter feminista de los estudios de género de los hombres y temores sobre posibles derivaciones antifeministas. Tres preguntas guían el ensayo: ¿cuál es el vínculo entre los estudios de género de los hombres y los estudios feministas?, ¿qué retos enfrentan estos estudios y su vínculo con el feminismo desde la academia y desde el activismo? y ¿cómo podemos superar esos retos? Mi hipótesis en este ensayo es que los estudios de género de los hombres participan de un campo académico más amplio, los estudios de género, que su raíz más profunda es feminista, pero que innovan en conceptos y discusiones necesarios para la mejor comprensión de la realidad. Así mismo, que esta innovación presenta retos particulares para estos estudios, para el campo de los estudios de género y sobre todo, para el activismo en este campo que pueden enfrentarse de manera eficaz reafirmando principios de operación del propio campo académico. Del mismo modo, la mejor manera de garantizar su diálogo con el feminismo es — aunque parezca paradójico— a través del fortalecimiento del campo académico del que forman parte, de sus reglas y de su autonomía frente al campo de la política.

Señalo posibles confluencias para ambos estudios y para otra tradición íntimamente ligada a ambos: los estudios lésbico-gays, particularmente en su versión actual: los estudios *queer*. Concluyo finalmente, con la importancia de ver en la diversidad de aproximaciones a la comprensión de las identidades y relaciones de género, no sólo una consecuencia inevitable de la historia del campo académico, sino también, una riqueza para la académica y el mundo de la política.

Feminismo/s

Hay una definición de feminismo que suelo retomar para ubicar mi trabajo y para enseñar. Es una definición que tiene su origen en otra de la feminista y estudiosa Rosemarie Tong (1989): el feminismo es al mismo tiempo una tradición de reflexión y un movimiento social y político que ha tenido como finalidad describir, explicar y proponer caminos de superación a las condiciones de explotación, segregación, subordinación, discriminación, marginación, exclusión y violencia que han experimentado las mujeres en las diferentes sociedades y a lo largo de la historia.

Quiero destacar dos aspectos de esta definición: su dimensión política y su dimensión de producción de saberes. Estos dos elementos, aunque inseparables y unidos en última instancia, en la medida en que cualquier saber o discurso es una forma de participar en las luchas por la representación del mundo social — una de las formas que adquiere la lucha política, según Pierre Bourdieu— y que cualquier intervención práctica se sustenta en determinadas representaciones (Bourdieu, 1990), no son lo mismo.

El campo de la producción de conocimientos y el campo de la política tienen diferentes grados de autonomía y aunque se intersecten y traslapen, no ofrecen a las y los agentes las mismas reglas de participación, ni las mismas recompensas simbólicas o materiales (Bourdieu, 2001). Esto no niega que los problemas sociales y los malestares de las mujeres, que son plenamente personales y políticos al mismo tiempo, no hayan sido la fuerza principal de inspiración del pensamiento feminista, sino que ese pensamiento para que pudiera adquirir la legitimidad académica, tuvo que someterse a las reglas del campo,² incluso al momento de impugnar su lógica androcéntrica y de sus instituciones, así como el subtexto sexista que subyacía en sus epistemes, métodos y técnicas. No fue ni es, todavía, una tarea sencilla: ha requerido por parte de las nuevas actoras, esas nuevas intrusas en el campo, una gran competencia académica; esto es, el conocimiento profundo de la tradición reflexiva en la filosofía, las ciencias sociales y las humanidades.

Esta precisión sociológica a menudo se olvida en la actualidad, cuando los estudios feministas se han asentado en muchas instituciones académicas (aunque no como quisieramos todavía). A veces, desde la política, se pretende deslegitimar el saber feminista como un saber puramente de cálculo político; a veces, el activismo feminista hace poco favor a su compañera académica, cuando simplifica la discusión o exige silencios con fines prácticos. El mundo de la política, como acción de estado o como sociedad civil que trata de incidir en el estado, aunque provee siempre temas de investigación, a veces pretende hablar o silenciar, según sus intereses, el discurso académico. En este punto me uno a la tradición laica y autonomista que considera que la investigación académica ha ganado en el proceso de volverse autónoma frente al poder de la Iglesia, pero también frente al poder de la política. También me parece pertinente señalar como dice el propio Pierre Bourdieu en su libro: *La science de la science et la réflexivité* (2001) que dicha autonomía ganada por la academia está ahora en peligro frente al poder económico, que a través de las políticas neoliberales del Estado amenaza con colonizarla, por medio de sus financiamientos y la redefinición misma de los premios y de lo que cuenta como carrera académica.

Una aclaración, no es que no se haga política desde la academia en un sentido amplio del término (el que tiene qué ver con la representación misma del mundo social), o que no existan políticas de género dentro de la academia (esto es parte de lo que ha venido a evidenciar el feminismo), estoy convencido de que esto existe, incluso, que existen políticas de género en la producción y difusión del conocimiento y de lo que cuenta por conocimiento (como lo han señalado diversas filósofas feministas, ver por ejemplo Rae Langton (2000) y mi reflexión sobre la relación de los varones con este debate feminista Núñez, 2007b), sino que en el campo de la producción del conocimiento se gana en autonomía, cuando las luchas políticas se sujetan a la lógica propia del campo, esto es a sus reglas de funcionamiento. En otras palabras, las disputas y las herejías pasan por las reglas de producción del conocimiento y por la demostración de la necesidad de su transformación: el conocimiento de la tradición, la discusión epistémica, teórica y metodológica, la confiabilidad y la validez, el apego al dato.

Ahora bien, el panorama del feminismo es más complejo que esta dualidad que hemos comentado, pues dentro de la tradición de reflexión y de intervención política, no hay una, sino múltiples formas de describir, explicar y superar las condiciones de opresión, dominación, explotación, segregación, marginación y violencia de las mujeres. Esta diversidad obedece tanto al carácter cambiante de la sociedad y al cumplimiento mismo de una agenda que se reescribe al paso de las conquistas, como a la diversidad de concepciones mismas que se tienen de la sociedad, las cuales pueden explicarse como producto de formaciones teóricas y políticas distintas de las propias feministas. A fin de cuentas, pueden explicarse porque quienes hacen las reflexiones y participan en el quehacer académico y político, tienen historias sociales y cognitivas distintas (sobre estas historias y su importancia al momento de hacer un trabajo de reflexividad ver Bourdieu, 2001). Feminismo liberal, marxista, socialista, existencialista, psicoanalista, radical, postmoderno, anarquista, del tercer mundo, ecologista, son intentos de agrupación de esta diversidad teórica y política, de allí que hay quienes prefieran hablar de feminismos, en plural, y no de feminismo. La diversidad de temas y prioridades incrementan aún más las diferencias, pero también deberían de incrementar las posibilidades de diálogos. Hay, sin embargo un horizonte común, todos los feminismos consideran como sus sujetos políticos y de reflexión a las mujeres (en plural, bueno algunos y algunas insisten en referirla todavía en singular, pero eso tiende a desaparecer a fuerza de mostrar tanto su diversidad real, algo en lo cual el feminismo del tercer mundo tuvo una gran importancia, ver por ejemplo Moraga y Anzaldúa, 1981), aun cuando difieran en la concepción misma de lo que significa «ser mujer» o de quien cuenta o no por «mujer», como lo señalan los debates en torno a la inclusión o no de personas intersexuales o transexuales.

Género/ s

La idea básica de que las condiciones de vida de las mujeres son productos sociales e históricos y no llanas expresiones de la naturaleza, está presente no sin ambigüedades a lo largo de las producciones feministas, desde el ensayo de Mary Wollstonecraft hasta nuestros días. Ésa es la idea central que subyace en el concepto género. Ciertamente, este término se ha enriquecido desde su utilización por el antropólogo Money (1952) y el psiquiatra Stoller (1968), hasta las actuales concepciones de Judith Butler. El término género, sin embargo, permitió resumir en una categoría de las ciencias sociales, una concepción importante del feminismo y con ello creció en legitimidad académica. El ensayo clásico de Gayle Rubin (1975) es una pieza maestra por su capacidad de insertar la discusión de la injusta e inequitativa situación de las mujeres en el corazón de la teoría psicoanalítica y antropológica, al tiempo que hizo emerger el sesgo sexista no contemplado por las teorías de Freud y Lévi-Strauss. Es un ejemplo claro del esfuerzo de competencia académica que han tenido que dar las académicas feministas.

El ensayo de Gayle Rubin, que involucra el concepto género, coincide e incrementa la legitimidad de la inserción de los estudios feministas en las universidades. La tradición feminista adquiere nuevos bríos, crece y se diversifica en las variadas tradiciones disciplinarias: economía, ciencia política, sociología, antropología, estudios culturales, psicología, filosofía, historia, literatura, ecología, educación, psicoanálisis, por mencionar los más conocidos. El ensayo libre y con fines más bien políticos, cede su paso en este contexto al artículo de investigación científica, al rigor del método y al apego al dato, al *paper* y al libro que ha pasado por múltiples dictámenes por pares académicos. Las dos dimensiones del feminismo adquieren desde entonces un grado mayor de autonomía, aun cuando en los años ochenta y noventa, con el desarrollo de las ONG y la proliferación de los financiamientos, se multipliquen los puntos de contacto y no pocas veces, dicha autonomía se supedita, a veces en términos temáticos, a veces en la profundidad misma de las investigaciones, a las exigencias y a la agenda de la fundación en turno. Los estudios feministas o de la mujer se comienzan a llamar estudios de género. En muchas universidades, sin embargo, se mantiene como una afirmación política, alguno de los términos anteriores.

La institucionalización de los estudios de género en las universidades involucra, entre otras cosas, un proceso de especialización temática y de innovación conceptual que a la vez que permite la profundización y la especificación, parece desdibujar el impulso explicativo y político abarcador en términos sociales. Este proceso coincide también con el triunfo de una visión reformista en la lucha

política; aquella que se enfoca en reformas paulatinas, legales y de otro tipo, en una diversidad de áreas de la vida social: la salud, los derechos sexuales y reproductivos, las políticas de acción afirmativa, el sexismo en los medios de comunicación, el combate a la pobreza de las mujeres, la lucha contra la violencia machista, entre otros.

El paso a los estudios de género no significa de por sí, la ampliación de dichos estudios a los hombres como sujetos genéricos. En Estados Unidos han entrado más rápidamente, aunque no por ello de manera suficiente en este campo académico, los estudios lésbico-gays. Así, los departamentos de estudios de la mujer en muchas universidades norteamericanas tienen por ejemplo un programa de estudios lésbico-gays, pero pocas veces, programas o líneas de estudios de género de los hombres, los cuales han crecido más bien desde los departamentos de psicología, antropología o estudios culturales.

Esta distancia institucional de los estudios de género de los hombres no quiere decir que hayan crecido al margen de los estudios feministas o de los estudios lésbico-gays. La distancia puede obedecer a diversos factores: a que no ha habido un movimiento político o social que exija su institucionalización, a la resistencia de las propias feministas a compartir los escasos recursos disponibles con los nuevos inquilinos del campo de los estudios de género, o simplemente, a que se trata de estudios muy recientes que requieren aún de probar su importancia social, o incluso, a que en México los especialistas surgen precisamente en el momento en que dejan de abrirse nuevas plazas en los centros de educación superior o de investigación. No obstante, los estudios de género de los hombres se vinculan políticamente y conceptualmente con los movimientos feministas y lésbico-gay que le precedieron históricamente. Si esta deuda queda clara en relación al feminismo y el concepto género es el más claro, no siempre se señala en relación con el movimiento homosexual de varones. Hay que recordar que el concepto de rol sexual que a veces adquiere el mismo sentido que ahora le damos al concepto género, estuvo presente en el activismo homosexual que en los años sesenta e inicios de los setenta produjo un saber muy vinculado a la lucha social. Con más insistencia que el feminismo que tenía otros intereses y vocaciones, fueron los teóricos y activistas homosexuales quienes usaron primero el concepto de rol para referirse a los papeles que la sociedad había construido para los varones, pero que operaban dentro de los mecanismos de opresión contra la población de hombres homosexuales. La idea se expresaba más o menos así: «Los homosexuales transgreden el rol asignado a los hombres y por lo tanto, muestran que éste no es natural, sino una convención de la sociedad patriarcal y represiva». Todas estas reflexiones las encuentra uno en los panfletos, folletines y en libros de la época en los años sesenta y setenta, incluso en México.

Los estudios de género de los hombres

Entiendo a los estudios de género de los hombres como las investigaciones que se realizan partiendo de la consideración de que los varones son sujetos genéricos, esto es, que sus identidades y relaciones como hombres son construcciones sociales y no hechos de la naturaleza como los discursos dominantes han planteado por siglos. La masculinidad como construcción simbólica es central en estos estudios, en la medida en que nombra el drama de la exigencia social hacia los varones en términos de subjetividad e identidad, pero es un drama complejo que no puede ser sino a riesgo de simplificarlo en el concepto estudio de las masculinidades, así se diga en plural y no en singular. No todos los varones son masculinos o lo somos de la misma manera, todos sin embargo somos afectados por esa exigencia social que se escamotea incluso cuando creemos haber cumplido con ella. Es siempre un término en disputa y una performance inacabada. Los estudios de género de los hombres estudian este drama de exigencia social en los varones, en los sujetos biológicamente machos y/o socialmente hombres. El estudio de la masculinidad en las mujeres, por ejemplo, ha sido más bien en el campo de los estudios feministas y particularmente de los estudios lésbicos de inspiración feminista.

Este dato básico, la noción de una exigencia de identidad y expresión de género en los hombres, que constituye el corazón de los estudios de género de los hombres, es el que los vincula de manera histórica y conceptual al feminismo, pero también con los estudio lésbico-gays. De la misma manera, muchas otras aportaciones feministas relacionadas con el trabajo, el poder, la familia, la sexualidad han sido recuperadas y han sido fundamentales en el armazón teórico inicial de los estudios de género de los hombres. Por eso podemos decir, sin temor a equivocarnos que estos estudios son de profunda raigambre feminista, tanto en su vertiente reflexiva, teórica, como en su vertiente política.

Hay que introducir una precisión. Los estudios de género de los hombres no son los únicos estudios de los hombres que existen. También existe una variante ensayística de corte mito-poético en relación a los hombres y la masculinidad que surgen en relación y en reacción al feminismo y al movimiento de liberación homosexual. Porque existe esta producción paralela es que prefiero el término estudios de género de los hombres o estudios de los hombres en el sistema sexo-género y no simplemente estudios de las masculinidades. La diferencia es radical: los estudios de género de los hombres los ubican como sujetos dentro de un sistema sexo-género, un sistema de ideologías, identidades y relaciones androcéntricas y heterosexistas, que son nuestra actual herencia cultural. Los otros abordajes par-

ten de naturalezas o de arquetipos inmemoriales de masculinidad, de esencias ahistóricas, de verdades subsumidas que hay que reencontrar o hacer emerger para construir la salud emocional de los varones e incluso, la salud social.

Ahora bien, entiendo que aunque los estudios de género de los hombres tienen una deuda histórica y hasta cierto punto conceptual con el feminismo y los estudios lésbico-gays, han venido creando su propia tradición reflexiva y teórica, ayudado, al igual que lo hicieron las feministas, de las teorías sociales y de los planteos filosóficos de su entorno. De planteos iniciales que muchos conocemos, con una pretensión abarcadora, pasamos al refinamiento conceptual, a la especialización temática.

Tradiciones diferentes, intertextualidades diversas

Desde el punto de vista académico, los estudios de género de los hombres no siempre intersectan con los estudios feministas, sus debates o sus agendas y viceversa, o con los estudios lésbico-gays. Aunque ciertamente por las simpatías intelectuales y políticas ha habido muchas y crecientes confluencias. Pero no se nos debe olvidar algo, los estudios feministas se encuentran inscritos en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades (incluyo aquí a la filosofía), y en ese campo debaten teorías, epistemes, metodologías y conceptos. Los estudios feministas echan mano de teóricos varones y mujeres de la misma manera, a ellos y ellas cuestionan y a ellas y ellos vuelven. Son parte fundamental e integral del pensamiento social y de la herencia humana. Lo mismo podemos decir de los estudios lésbico-gays y de género de los hombres y es un error quererlos convertir o exigirles que se conviertan en un apéndice de tales o cuales estudios o peor aún, de tales o cuales agendas políticas.

Tal vez valgan unos ejemplos: Los estudios gays, más que los lésbicos, que tienen una raigambre más claramente feminista, en la cual se insertan y a la que han renovado, desde el siglo XIX. También han creado una tradición propia, con sus conceptos y debates particulares, en gran medida relacionados con las estructuras de poder particulares que construyen y condicionan la propia experiencia homosexual: el discurso de la ciencia y la medicalización de la homosexualidad, la historia de los colectivos y las identidades, la especificidad del poder y la opresión en relación a la sexualidad, las dificultades en la autodefinición y la aceptación, el deseo y la producción cultural, el riesgo y la vulnerabilidad al VIH, entre otros temas. Lo mismo podemos decir de los estudios feministas, que tienen su propia tradición temática y conceptual: la igualdad en la capacidad racional y el derecho a la educación, la importancia de la experiencia social en la construcción de las diferencias que la sociedad naturaliza, la inequidad jurídica, la segregación política, la

subordinación doméstica, la doble o triple jornada laboral, el trabajo doméstico y la reproducción del sistema capitalista y del patriarcado, el cuerpo y el ser para otros, la apropiación social del cuerpo de las mujeres, los derechos sexuales y reproductivos, la mujer como la Otridad por antonomasia, etcétera. Pero los puntos en común entre estas tradiciones son múltiples y también los préstamos de teorías y de autores, particularmente en las décadas recientes. Por poner un caso cercano: Michel Foucault igual ha servido a los estudios lésbico-gays para la comprensión de la microfísica del poder que atraviesa la invención misma de la identidad, que a los estudios feministas en su comprensión de las tecnologías que en la modernidad se han tendido sobre el cuerpo de las mujeres. Otro caso claro de confluencia reciente se ha dado con el feminismo post-estructuralista y en particular, con Judith Butler, quien ha venido a enriquecer ambas tradiciones, e incluso han sido fundamentales en el desarrollo de esa vertiente nueva de los estudios lésbico-gays llamados ahora estudios *queer* (ver por ejemplo Annamarie Jagose, 1996). Los estudios de género de los hombres no han estado lejanos de estos debates e influencias teóricas. Algunos estudiosos de género de los hombres también hemos utilizado las reflexiones de Judith Butler (particularmente influyente ha sido su libro *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*) o de Michel Foucault (todos sus escritos han tenido una gran influencia) para entender el carácter socialmente construido de la identidad hombre, su condición de ficción cultural o la microfísica que regula en la vida diaria los proyectos de identidad masculina (Núñez, 2007a).

Ahora bien, los estudios de género de los hombres han venido innovando en planteos teóricos y/o en aplicaciones conceptuales tomados de estudios de diversas disciplinas: antropología de la migración o del ritual, sociología de la salud, economía, psicología etcétera. A veces, incluso, estudios realizados en décadas anteriores son leídos bajo esta nueva óptica. Es el caso de Pierre Bourdieu, quien reelabora en su texto *La Domination masculine* (1998) análisis y reflexiones teóricas sobre la sociedad Kabila que estudió en los años sesenta. Este libro se ha convertido en un insumo teórico fundamental para los estudios de género de los hombres, pero es posible extraer de él reflexiones importantísimas para otros estudios.³

Los estudios feministas, lésbico-gay o *queer* y de género de los hombres, van construyendo su propia tradición, echando mano de las discusiones teóricas del entorno y en no pocas veces, coinciden en teorías, autores y temas. El horizonte común sin lugar a dudas está dado por conceptos como género, sistema sexo-género, androcentrismo, heterosexismo, patriarcado o algunos nuevos como «dominación masculina» o aproximaciones similares como: «el carácter preformativo

de la identidad», etcétera. Estos estudios no siempre confluyen en temas, autores, teorías y no tienen por qué serlo y esta confluencia nada tiene que ver con que sus autores, sean mujeres y hombres (cualquiera que sea su preferencia sexual). En el espectro de la producción académica uno encuentra a la diversidad de identidades sexo-genérica con las posiciones más diversas en términos epistémicos, teóricos y temáticos, tal y como sucede en toda la sociedad. En esa diversidad de voces y de discusiones está la riqueza del trabajo académico y de estos estudios que he venido comentando y que por supuesto, se han ido transformando y lo seguirán haciendo: un ejemplo claro de ello es el ya mencionado de los estudios *queer*, que lo mismo emergen de la tradición feminista post-estructuralista que de los estudios lésbico-gays, con un claro impacto en los estudios de género de los hombres.

Ahora bien, me interesa plantear aquí varias preocupaciones que tienen que ver con exigencias o lecturas inapropiadas, que a menudo se la hacen a los trabajos académicos, sobre todo a los estudios de género de los hombres (pero no solamente) y que reflejan desde mi punto de vista, un desconocimiento o un olvido de las reglas del campo académico. Estas exigencias o lecturas inapropiadas, por decir lo menos, no sólo vienen de activistas de tiempo completo, sino de colegas académicos que confunden ambos quehaceres.

Una primera lectura inapropiada que distingo es la descalificación de los estudios a partir de la identidad sexo-genérica de quien los realiza. En estos casos, se supone que la identidad sexo-genérica de la o el investigador no permitió la realización adecuada del estudio. Esta aseveración dirigida, lo mismo a hombres o mujeres de distintas preferencias sexuales, no suele sustentarse en un análisis exhaustivo de cómo la identidad sexo-genérica se convierte en un obstáculo o facilita la investigación. No quiero decir con esto que no exista una relación entre identidad y método, creo que la hay, incluso he explorado en mi propia investigación ese vínculo, el asunto es que es una relación que tenemos que estudiar y no sólo suponer. En este terreno — como en otros— tenemos mucha ignorancia y los estudios de género en vez de asumir una falacia *ad hominem* entre investigación e identidad sexo-genérica, debería de profundizar en el conocimiento de esta relación. Este conocimiento bien puede darse a través de un estudio de género de los métodos de investigación o a través de la incorporación en la investigación, de un proceso de reflexividad, de discusiones sobre la manera en que la investigadora o investigador cree que sus dimensiones de identidad participan en su propio proceso investigativo y en los alcances de sus investigaciones. Por lo pronto, la descalificación sin argumentos, roza los bordes del sexismo, algo paradójico pues suele venir de actores que uno espera sean más progresistas. A veces, la aseveración sexista se expresa en frases como: «Eso lo puedes decir tú porque eres hombre», como si en

el campo académico el sexo y no la competencia académica bastara para hablar. Los estudios de género de los hombres, los estudios feministas o los estudios lésbico-gays pueden ser realizados por todas las personas independientemente de su identidad sexo-genérica, las implicaciones de la misma en los alcances de la investigación, los retos que se presentan, o las innovaciones metodológicas que se tienen que realizar para que la identidad no sea un obstáculo es algo que tenemos que seguir investigando. Sin embargo, lo mismo podemos decir en relación a otras dimensiones de la identidad: étnica, de clase, etcétera.

Una segunda lectura inapropiada es la que proviene de la descalificación moralista que sufren algunos estudios por el tema mismo que abordan. Parten de la noción equivocada de que realizar la investigación de un tema es hacer apología del mismo, algo insostenible. Aunque parezca extraña y anticuada, estas lecturas existen. Van dos ejemplos personales:

1) En mi libro *Masculinidad e intimidad: identidad sexualidad y sida*, estudio a varones de comunidades serranas del norte de México, las políticas de identidad masculina y las modalidades de poder y resistencia que adquieren los vínculos de intimidad entre estos varones. En el libro participo de la intertextualidad teórica alrededor de la importancia de los términos de identidad, gay u homosexual y su aplicabilidad a todas las experiencias homoeróticas, así como la aplicabilidad del concepto clóset a sociedades con formas de sexualidad no modernas. A algunos colegas, sin embargo, les ganó la veta activista en su juicio del libro: «los hombres que estudia Guillermo son todos gays del clóset», dijo alguien, sin darse el tiempo de engarzarse con la discusión teórica.

Este cuestionamiento sobre la calidad moral de los sujetos estudiados, para descalificar una conclusión de investigación, es una clara injerencia política en una argumentación académica. Es claro que nombrar la heterogeneidad de la experiencia homoerótica no parece cómodo a quienes hacen política desde la homogeneidad del sujeto político gay. Peor por la política, pero también malo para la academia. Un estudio no pierde validez por no ser operativo para la agenda de los activistas, pero se le hace poco favor cuando un académico reacciona en su comentario como si estuviera organizando un contingente para una marcha gay.

2) Una intromisión excesiva fue en relación al juicio sobre la moralidad de mis sujetos entrevistados. Un colega cuestionó mi texto de esta manera: «Sí, los rancheros que estudia Guillermo se la pasan muy a gusto, pero y sus pobres mujeres, a las que le son infieles, hasta les pegan el sida... son puros homosexuales del clóset». En este caso, de nuevo la

moralidad o inmoralidad de los estudiados o de sus acciones, es el criterio para juzgar una investigación y su intento de conocer una parte de la compleja realidad.

Estoy seguro que como colectivo académico ganaríamos más si mi colega comentara la importancia de complementar dicho estudio con otro sobre la condición de las esposas de los rancheros, si planteara nuevas preguntas que el texto no responde y que resultan pertinentes académicamente. Una crítica de este tipo evidenciaría la ubicuidad del poder y la resistencia. Seguramente demostraría que aunque estos hombres resisten o se acomodan al poder homofóbico en su vida diaria, también construyen vínculos de poder con sus esposas. Probablemente demuestre que sus esposas no viven en la ignorancia y saben bien quiénes son sus esposos, que algunas se acomodan a la situación y construyen relaciones con otras rancheras o rancheros y, algunas más, en verdad permanecen en la ignorancia o en la opresión. En todo caso, todo eso está por estudiarse, no por especularse.

Esta lecturas inapropiadas demuestran que hay mucho que hacer para fortalecer el campo académico en México en estas materias, incluso, mucho que trabajar para hacer entender a las y los lectores de producción científica, que el campo académico tiene otras lógicas y que en él, no vale hacer una marcha, un chiste, un plantón o tirar pasteles y huevos podridos para descalificar al adversario. Hay que pensar y escribir, publicar y someterse a la dictaminación de los pares, lo demás se pierde en la bruma del comentario de pasillo, desgraciadamente muchas veces son comentarios que afectan el espíritu y la rigurosidad de las y los estudiantes que estamos formando. Al mismo tiempo, lo que estas lecturas inapropiadas reflejan a menudo, es que existe un activismo que prefiere no enterarse, negándose a escuchar lo que la investigación les dice. A veces, incluso pretenden silenciar o descalificar la investigación porque no conviene a su visión o a sus intereses inmediatos.

Un tercer tipo de lecturas inapropiadas tiene que ver con exigencias inadecuadas hacia las investigaciones. A veces se cuestiona a sus autores por no decir «todo», o «no presentar el panorama completo», como si fuera posible producir un «conocimiento total» cualquier cosa que eso signifique. Se nos cuestiona, por ejemplo, que en una pesquisa x, se estudie sólo a los hombres como sujetos genéricos y no a sus parejas mujeres, o al revés, pues ahora también empiezan a criticar a las feministas que sólo estudian a las mujeres y no a los hombres, bajo la obviedad de que los géneros son identidades relacionales, o bajo afirmaciones políticas de Perogrullo: «en este mundo tenemos que convivir hombres y mujeres». Estas demandas están equivocadas porque parten de la idea de que incluyendo a hombres y mujeres entonces sí tendríamos un conocimiento «completo» del asunto que se trate. Lo que parece olvidarse es que todo conocimiento es parcial y esto cuenta

para los estudios feministas, lésbico-gays o de género de los hombres. Todos los conocimientos son incompletos, todos los temas son siempre un recorte de la realidad. Y si estudiamos a hombres y mujeres en la misma investigación no garantizamos un conocimiento total, pues por razones diversas habremos dejado de lado a otras clases sociales, a otros grupos étnicos, a hombres o mujeres con discapacidad, etcétera. Nadie niega que el estudio tanto de hombres como de mujeres en un solo proyecto de investigación pueda ser interesante y que sea imprescindible si lo que estudiamos es una relación entre identidades sexo-genéricas, pero en otros casos es sólo una modalidad posible, pero no la única modalidad aceptada en ciencias sociales

El problema de la parcialidad del conocimiento no está dada por la inclusión o no de varones y de mujeres a la vez en un estudio, o por incluir o no homosexuales o lesbianas, sino por la elaboración conceptual del objeto de estudio, la intertextualidad teórica en la que se le coloca, la pertinencia de las preguntas para el campo académico, así como por la pretensión explicativa que señalan. El problema de un estudio que no incluye mujeres u hombres, no es que no los incluya, es que pretende extraer conclusiones de o para una población no estudiada, es que pretende decir todo sobre las dinámicas familiares cuando sólo estudia a los varones, o sobre la sexualidad de todos los varones jóvenes, cuando sólo estudia las prácticas heterosexuales. Este error se salva cuando en el mismo estudio se precisa su alcance, la especificidad de la población estudiada, y con humildad se señalan los límites de las aseveraciones. Tal vez no entrevisto mujeres cuando estudio la sexualidad de los varones en una comunidad específica, pero al menos puedo escribir alguna nota en la introducción del artículo o libro en cuestión y decir por qué no lo hice, qué dificultades metodológicas particulares se me presentaron y qué tipo de ayuda puedo dar a quien intente hacer eso que yo no intenté o no pude hacer. El trabajo de los pares del campo académico que funcionan como dictaminadores es precisamente establecer un control sobre esas ausencias o afirmaciones injustificadas.

Retos: del desconocimiento mutuo a la intertextualidad

Una polémica entre algunas feministas y algunos estudiosos de los hombres como sujetos genéricos, dentro del campo académico, es el que tiene que ver con lo que algunas de ellas perciben como unos estudios de los hombres sin raigambre feminista y por lo tanto, potencialmente reaccionarios y, algunos de ellos perciben como una pretensión de imponer el feminismo como criterio de validez, o como dijo un colega: «Tener que pedirles permiso a las feministas para que nuestros estudios y reflexiones sean válidos».

Me parece que aunque inserto en el campo académico, esta polémica tiene poco ver con lo académico y mucho con lo político. Es claro que la desconfianza es mutua. Me parece que el meollo de esta desconfianza y polémica que desgasta es precisamente que olvida las reglas del campo académico que marcan las pautas de formación del conocimiento, fundamentalmente 1) el reconocimiento de la tradición de la discusión o estado del arte, 2) el proceso de formación de los problemas de investigación en relación a esa tradición y 3) el rigor científico relacionado con los métodos y técnicas de investigación. Me parece que si seguimos las reglas del campo académico podemos superar estas exigencias o desconfianzas mutuas:

1. El reconocimiento de la tradición. En el campo de los estudios de género, en el cual el feminismo, los estudios lésbico-gays (o *queer*) y los estudios de género de los varones participan, existe una tradición de producción discursiva, sea como productos de investigación o como ensayos políticos, sobre todo feminista, que se remonta por lo menos al siglo XIX. Los temas son diversos: reproducción, trabajo doméstico, familia, salud, sexualidad, equidad, educación, etcétera. En todos estos y muchos ámbitos más han abonado las feministas a una discusión en la que los hombres están también involucrados a través de categorías como patriarcado, sistema sexo-género, dominación masculina, androcentrismo, heterosexismo, identidad de género, etcétera. La obligación de quien entra al campo académico es conocer esa tradición de discusión y hurgar en ella para ver en qué medida es pertinente con lo que se desea estudiar.

2. Vincular el problema con la tradición del campo. Otra regla fundamental del funcionamiento del campo es vincular el problema de investigación nuevo, con el estado del arte, esto es, con la tradición de discusión y con las investigaciones previas relevantes para el tema que se pretende abordar. Ésta es una regla de oro. El conocimiento se construye en relación con los pares, no en el vacío. No se inventan problemas y discusiones cada día o con cada investigación. Eso significa formar parte de una tradición disciplinaria y de un campo de especialización. En el campo de los estudios de género, la discusión feminista es una discusión no sólo pertinente, sino una discusión central en la tradición misma del campo, es la discusión fundadora. Nuestra obligación es conocerla y dialogar con ella. Esto no tiene nada que ver con pedir permiso para que el estudio tenga validez, ni siquiera con pedir autorización en relación a temas o preguntas. Es simplemente reconocerse en un campo de discusiones, para discutir con lo dicho previamente, corregirlo en un proyecto de investigación específico, matizarlo e innovar conceptos, o de plano, negar lo que antes se conocía con la evidencia misma del dato producido con el rigor científico debido.

3. Es precisamente en ese rigor científico que involucra la construcción del objeto de estudio en un diálogo con la tradición disciplinaria y del campo específico, además de claridad teórica y metodológica, que se pueden superar las sospechas y exigencias no académicas.

Puedo asegurar que en las investigaciones de género los desconocimientos son mutuos. Claro está, como los estudiosos de los varones son los agentes más recientes en el campo, molesta a los viejos residentes del campo descubrir pesquisas o discusiones que no toman en cuenta la larga discusión feminista en el tema que se trate (recordemos lo que se dijo precisamente del libro *La dominación masculina*, al respecto de no citar la larga discusión feminista). Y tienen razón, pero eso se discute con argumentos académicos y en este campo, la sanción por no seguir las reglas la ejercen los pares: los comités de evaluación de artículos, proyectos, exámenes, etcétera, a través del rechazo o la aclaración para que tales resultados sean dignos de publicarse o recibir un financiamiento. Las razones no son, pues, personales, el sistema de doble ciego (no se conoce quién escribe, no se conoce quién evalúa) tienen como función crear las condiciones de imparcialidad y de juicio a partir de las reglas académicas y de investigación, como las comentadas anteriormente. Estas reglas se aplican o deben aplicar en todos los casos. Las estudiosas feministas deben de hacer un esfuerzo para conocer el debate que se genera en los estudios de género de los varones y en los estudios lésbico-gays y en la media de que conciernen al problema de investigación, retomarlos y discutir con ellos o contra ellos. Eso garantizará el fortalecimiento del campo académico de los estudios de género de los hombres y en última instancia una mayor validez de los estudios, pues a decir de autores como Bourdieu (2001) — quien paradójicamente por su talla como investigador no cumplió con la exigencia de citar la larga historia de discusiones feministas en su texto— es esa competencia de los pares la que otorga la validez en última instancia a cualquier resultado de investigación.

Para concluir

Me parece que a fin de fortalecer la posición conjunta en el campo académico y tal vez acelerar las sinergias ya existentes es necesario hacer varios esfuerzos conjuntos: 1) esforzarse por crear espacios institucionales para el desarrollo de estos estudios en sus diferentes variantes, dentro de los centros universitarios y de investigación; 2) esforzarse para introducir los estudios de género (en sus diferentes variantes) en la formación disciplinaria en las ciencias sociales, esto es, que los estudios feministas, lésbico-gays y los estudios de género de los hombres entren en la formación curricular en las materias que enseñamos, sean teorías sociales o teorías de género, etcétera, 3) esforzarse para que estos estudios formen parte de las

discusiones dentro de los estados del arte de los artículos académicos. Esto lo podemos hacer como autores, como dictaminadores y como docentes. Es cierto que no somos expertos en todo, pero algo podemos avanzar. Por ejemplo, si mi alumno/a prepara una investigación sobre mujeres drogodependientes, estoy en la obligación de exigirle que conozca lo que han escrito las feministas, así como sobre mujeres y salud, y particularmente, mujeres y salud mental, su importancia en la producción feminista. De la misma manera, si tengo un o una estudiante que trabaja el tema de los hombres y el divorcio. ¿Cómo justificar no incluir en esta discusión— aunque sea de manera somera— el repaso de la importancia del divorcio en la agenda feminista? Pero lo mismo habría que decir de otros asuntos: los hombres y los derechos reproductivos de los varones, por ejemplo. El conocimiento no se construye en la ignorancia de los otros con quienes no coincidimos, sino en el debate de las ideas, de los métodos, de las teorías, de los datos. ●

Recepción: Mayo 6 de 2009

Aprobación: Mayo 29 de 2009

Guillermo Núñez Noriega

Correo electrónico: gnunez@ciad.mx

Mexicano. PhD en antropología cultural por la University of Arizona. Investigador titular C. Integrante del SNI. Adscrito al Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo A.C. Actualmente realiza una estancia posdoctoral en el CIESAS-Occidente. Algunas de sus líneas de investigación son: género y grupos vulnerables, estudios de género de los hombres, políticas de diversidad sexual, los indígenas y VIH-sida y los derechos sexuales y reproductivos.

* Estas reflexiones se escribieron inicialmente para una mesa organizada en el marco del Congreso Feminista Latinoamericano y de El Caribe realizado en la Ciudad de México en marzo del 2009. Agradezco a mis compañeros de mesa, Adriana Ortiz, Olivia Tena y Juan Guillermo Figueroa por sus aportaciones en el debate allí suscitado.

Notas

¹ En México han surgido asociaciones de estudio de género de los hombres que se han planteado en sus estatutos su intervención en política pública como la AEMGH (Academia Mexicana de Estudio de Género de los Hombres), así como organizaciones civiles que ya lo han venido haciendo como Género y Salud y CORIAC (Colectivo de Hombre por Relaciones Igualitarias, A.C. que aunque ya no existe, fue pionero en este campo), por mencionar los más conocidos. Recientemente surgió una red llamada Cómplices por la equidad, subproducto de un proyecto internacional llamado Men Engage.

² Me refiero aquí al concepto teórico de campo de Pierre Bourdieu. Podemos entender el mundo de la producción académica como un campo de fuerzas que se disputan la distribución de un capital simbólico, de prestigio. A decir de Bourdieu, el campo académico es un campo *sui generis*, pues las reglas de funcionamiento del campo están estrechamente vinculadas con la validez misma del conocimiento (1990).

³ Yo mismo he utilizado sus planteos teóricos para entender mejor las dinámicas de identidad masculina en varones con prácticas homoeróticas, en mi libro *Masculinidad e intimidad. Identidad, sexualidad y sida*. De la misma manera, en un libro anterior *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, sus conceptos de campo y *habitus* para comprender lo que denominé el campo sexual y el *habitus* homosexual.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. CNCA/Grijalbo, México.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Science de la science et réflexivité. Course du Collage de France 2000-2001*. Raisons d'Agir. París.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La Domination masculine*. Sage, París.
- Butler, Judith (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Routledge, New York.
- Jagose, Annamarie (1996). *Queer Theory. An Introduction*. New York University Press, New York.
- Langton, Rae (2000). «Feminism in Epistemology: Exclusion and Objectification» in Miranda Fricker and Jennifer Hornsby, *Feminism in Philosophy*. University Press, Cambridge.
- Moraga, Cherríe y Anzaldúa Gloria (1981). *This Bridge Called My Back: Writings of the Radical Women of Color*. Persophone, Watertown, Mass.
- Núñez Noriega, Guillermo (2007a). *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. PUEG-UNAM, COLSON, Porrúa: México.
- Núñez Noriega, Guillermo (2007b). «La producción de conocimientos sobre los hombres como sujetos genéricos: reflexiones epistemológicas», en: *Sucede que me canso de ser hombre... relatos y reflexiones sobre los hombres y las masculinidades en México*. Amuchastegui, Ana, Ivonne Szasz, coordinadoras. El Colegio de México, México, pp. 39-71.
- Núñez Noriega, Guillermo (1999). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. PUEG-UNAM, COLSON, Porrúa: México.
- Rubin, Gayle (1975). «The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex», en: Rayna, R. Reiter (ed), *Toward an Anthropology of Women*. Monthly Review Press, New York, pp. 157.210.

- Stoller, Robert (1968). *Sex and gender*. Science House New York, Hogarth Press and Institute of Psychoanalysis: London.
- Tong, Rosemarie (1989). *Feminist Thought. A Comprehensive Introduction*. Westview Press, Boulder and San Francisco.
- Wollstonecraft, Mary (1998). *Vindicación de los derechos de la mujer. (Edición abreviada)*. Madrid: Editorial Debate.

